ta mil pesos anuales para los gastos. El fiscal alegaba que en el acuerdo celebrado en 1697 se habia obligado el padre Salvatierra á ejecutar la empresa sin gravar el real erario. Es cierto, contestaba el padre Ugarte, que él obtuvo el permiso de entrar en la California con la condicion de no causar gastos al erario, como lo ha hecho, plantando la primera colonia y conservándola por tres años á costa de mucho trabajo y con solo las limosnas de los bienhechores; pero hay gran diferencia entre crear una colonia y conservarla para siempre, y aun cuando él se hubiera obligado á esto, ahora que se halla inculpablemente en tan grave necesidad, los intereses de la religion y del Estado exigen que se le favorezca y ayude.

Esta oposicion tan grande del gobierno á las pretensiones del padre Salvatierra traia su orígen de los falsos rumores esparcidos maliciosamente contra los jesuítas por sus enemigos, que no podian sufrir que un jesuíta hubiera llevado al cabo aquella empresa que habian intentado en vano muchos hombres valerosos á tanta costa y con tan grande aparato de navíos, armas y gente; ni podian comprender cómo un hombre bien nacido, dotado de talento y adornado de conocimientos, quisiera espontáneamente privarse de la compañía de sus caros hermanos y de las comodidades y honores que podia disfrutar en su colegio, por ir á países remotos é incultos y llevar una vida congojosa entre los salvajes, sino animado de segura esperanza de enriquecer. Como el hombre animal, segun dice san Pablo, no entiende las cosas del espíritu de Dios, no puede tampoco imaginarse que haya alguno capaz de sacrificar á la sola gloria divina todas las comodidades de la vida y todos los bienes del mundo. La California se habia hecho famosa por la abundancia de sus perlas, con cuya pesca habian enriquecido no pocos; y aunque a todos era notorio el poco aprecio que los misioneros hacian de esta pesca, que ni hacian por su cuenta ni permitian a los colonos sus dependientes; sin embargo, sus enemigos se habian persuadido ó querian persuadirse que esta riqueza era la que ellos buscaban en la California. Las limosnas de los bienhechores de la mision eran otro orígen de falsos rumores contra los jesuitas, pues aunque ellas eran insuficientes para los gastos que debian hacerse en un país tan remoto y falto absolutamente de todo, eran sin embargo bastantes para enriquecer á un particular; por tanto, los que no habrian tenido valor para envidiar los trabajos, penalidades y peligros de los misioneros, envidiaban el capital de la mision.

Entre otras calumnias se esparció la voz de que la pérdida del bastimento San Fermin no era cierta, sino fingida por los misioneros para extraer aquel dinero del real erario; y á pesar de que esta calumnia grosera quedó desvanecida con el testimonio de muchas personas respetables, no cesaron los rumores, los cuales tuvieron nuevo apoyo en las cartas de don Antonio García de Mendoza, capitan del presidio de la California. Don Luis de Torres Tortolero, como ya lo hemos dicho, fué el primer capitan del presidio; pero después de haber servido muy bien, hallándose enfermo de una inflamacion de ojos que le causó el aire de aquel país, se licenció en 1699 con mucho sentimiento de los misioneros, llevando una certificacion que el padre Salvatierra le dió sobre sus servicios y buen porte, la cual le sirvió para obtener algunos buenos empleos en la Nueva Galicia. En su lugar fué nombrado capitan el citado García, que aunque era soldado muy valiente, no era hombre muy honrado. Este á pesar de que debia su empleo al padre Salvatierra y estaba pagado por él, queria sustraerse de su dependencia para poder servirse á su arbitrio de los indios, como suelen hacerlo algunos gobernadores y capitanes de Sinaloa y de otros lugares de la América, con indecible perjuicio de los neófitos y de las misiones. Queria tambien que en vez de los trabajos que se hacian en la California para mejorar el estado de la colonia, se le permitiese á él y á los soldados la pesca de perla, con el fin de enriquecer pronto; y como no pudo conseguir ni uno ni otro, desahogó su encono contra los misioneros en varias cartas dirigidas al virey y á algunos de sus amigos; pero tan embrolladas y llenas de contradicciones, que se echaba de ver luego en ellas cuánto le habia cegado la pasion. Para dar alguna idea de esto basta lo que escribió al virey en la carta de 22 de octubre de 1700, en la cual después de haber dicho que los padres Salvatierra y Píccolo eran unos *hombres santos, apóstoles y querubines*, y de haber ensalzado hasta las estrellas sus trabajos, su celo y su desprendimiento de las cosas terrenas, se queja amargamente de ellos por los trabajos impendidos en allanar el camino, en construir algunas fábricas y en otras cosas no solo útiles, sino absolutamente necesarias en la colonia, y concluye de esta manera: "Yo no hallo otro " remedio para refrenar tanta temeridad, que ha- " cérselo saber al reverendísimo padre provin- " cial de la sagrada Compañía de Jesús, y su- " plicarle que retire de la California á estos re- " ligiosos y los ponga donde sean castigados con " la pena que merecen, y que á mí tambien me " ponga en un castillo con una gruesa cadena á " fin de que pueda yo servir de escarmiento á " mis sucesores." Pero este buen hombre sufria aquellos grandes males porque queria, pues fácilmente podria haberse librado de ellos renunciando su empleo y yéndose á donde mas le agradase.

Los enemigos de los jesuítas no dejaron de esparcir por todas partes copias de estas cartas, á las cuales, aunque tan dignas de desprecio, les dieron crédito algunos oidores y otras personas, persuadiéndose que la subordinacion de los sol-

dados de la California á los misioneros era efecto de la ambicion jesuítica de mandar en todas partes.[1] Estas y otras especies esparcidas en el vulgo por personas respetables, desalentaron mucho la liberalidad de los bienhechores, lo cual retardó notablemente los progresos del cristianismo en la península, y la mision se redujo á tal estado, que no pudiendo mantenerse en ella tanta gente, fué necesario licenciar una parte considerable, dándose ocasion á los bárbaros de insolentarse y hacer varias tentativas contra la colonia. El padre Salvatierra en una carta escrita á su amigo el fiscal de Guadalajara, después de haberle dicho que ya habia licenciado diez y ocho soldados, añade: "Para licenciar el resto de la " gente no espero mas que la última resolucion " del gobierno de Méjico, á quien ya dirigí mis " protestas finales. Licenciados que sean todos, " pensaremos en pagar lo que quedáremos á de- " ber; pero si antes de poderlo hacer los cali- " fornios, mis queridos hijos en Cristo, viéndonos " indefensos nos mandaren á dar cuenta á Dios, " la Vírgen pagará por nosotros."

§ XVI.

VIAJE DEL PADRE SALVATIERRA PARA PROVEER LA COLONIA.—LLEGA EL PADRE JUAN DE UGARTE Á LA CALIFORNIA.—SE RECIBEN ALGUNOS VÍVERES.

Pero considerando él que la colonia no podia absolutamente subsistir si no se aseguraba lo necesario para los colonos, que esto no podia hallarse en la California y que el llevarlo de Méjico se hacia cada vez mas difícil, determinó ir á buscarlo á las misiones de Sonora, país rico en minas, de terreno fértil y poco distante de la península, pues entre uno y otro no hay mas distancia que la anchura del golfo intermedio. Con este propósito partió de Loreto á fines de octubre de 1700, y habiendo recogido en Sinaloa algunos subsidios para su mision, pasó á Sonora á verse con el padre Kino, su antiguo amigo y bienhechor. Este celoso é infatigable misionero, no pudiendo como hubiera querido trabajar personalmente en la mision de la California, porque la obediencia le tenia en Sonora, hacia lo posible por sostenerla enviando de Guaymas á Loreto ganado, muebles y víveres que solicitaba en las minas y en las misiones. Mas su grande celo, como el del padre Salvatierra, no se limitaba á aquellas cosas ni á aquellos tiempos. Ambos ansiosos de ampliar el reino de Cristo, pensaban extender sus respectivas misiones hácia el Norte, hasta que llegando á juntarse mas allá de los 33° pudiesen ayudarse recíprocamente. En esta ocasion que concurrieron, queriendo reconocer todo el país á que destinaban sus tareas apostólicas, se dirigieron hácia el rio Colorado en marzo de 1701, acompañados de diez soldados y de algunos indios por el camino de la costa, que aunque malo era el mas corto. Habiendo llegado mas allá del paralelo de 32°, observaron distintamente desde la cumbre de un monte la union de la California con el continente; pero no pudieron pasar adelante, porque desde aquel monte hasta el rio Colorado habia un arenal de treinta leguas. El año siguiente y por otro camino mas practicable, repitió el padre Kino su viaje tanto á aquel rio como al Gila, y tuvo oportunidad de observar atentamente sus márgenes.

Habiendo colectado el padre Salvatierra algunas limosnas en las misiones de Sonora, regresó á fines de abril á Loreto, en donde tuvo el grande placer de hallar al padre Ugarte, que habiendo salido de Méjico el 3 de diciembre del año anterior con el objeto de llevar provisiones á la colonia, caminó cuatrocientas leguas por tierra hasta un puerto de Sinaloa, en donde no hallando para pasar el golfo mas que un barco pequeño, viejo y abandonado como absolutamente inútil, se embarcó en él intrépidamente, y en tres dias de próspera navegacion arribó á Loreto el 19 de marzo de 1701. Halló la colonia en la mayor miseria, pues ya hacia cinco meses que no recibia ningun socorro; pero á pocos dias tuvieron el consuelo de ver llegar al puerto el bastimento San Javier, cargado de provisiones aprestadas tres meses antes por el mismo padre Ugarte. Este no tenia licencia de sus superiores para permanecer en la California, pero se la consiguió el padre Salvatierra, que aunque sentia no tener en Méjico un procurador tan activo, preveia cuánto haria para contribuir á los progresos del cristianismo en la península un hombre de tanto talento y de tan heróica virtud.

§ XVII.

NOMBRAMIENTO DE OTRO CAPITAN.—ATENTADO DE LOS INDIOS DE VIGGÉ.

Sobre la escasez de víveres habia otros males de mucha consideracion. El capitan García, siguiendo disgustado con aquella vida, turbaba con su inquietud la paz de toda la colonia; mas al fin viendo que ni sus amargas cartas movian al virey á sustraerle de la subordinacion á los misioneros, ni estos le permitian que ocupase como pretendia á los indios en la pesca de perla, tomó el partido de dejar el empleo licenciándose, como lo hizo con mucho gusto de los misioneros.

1 El padre Salvatierra fué nombrado provincial de los jesuítas de Méjico en 1704; pero hizo tantos esfuerzos para libertarse de aquel empleo y volverse á la California, que finalmente lo consiguió. Si él hubiera sido ambicioso de mandar, no hubiera dejado el mando de un cuerpo tan ilustre en una metrópoli tan lucida como Méjico, por ir á hacerse obedecer de cuatro tristes soldados en un oscuro rincon de la miserable y casi desierta California.

Y para que los soldados viviesen mas contentos bajo un capitan creado por ellos mismos, les dejó el padre Salvatierra la libertad de nombrarle, haciendo la eleccion por votos secretos. De ella resultó electo casi con todos los votos el portugués D. Estévan Rodriguez Lorenzo, buen cristiano, honrado, activo, intrépido, moderado y prudente. El año de 1697 entró á la California con el padre Salvatierra, y permaneció allí hasta su muerte. En los cuarenta y nueve años de su residencia en la península, contribuyó mucho al establecimiento de las misiones, á la propagacion del cristianismo y á la tranquilidad de los soldados y de los indios.

Poco antes de la eleccion de este nuevo capitan, los indios de Viggé, instigados por sus guamas ó doctores, tomaron la bárbara resolucion de destruir la mision de San Javier y de asesinar al misionero, á despecho de varios indios fieles que se oponian á su intento. Un dia, pues, vinieron atumultados á la mision, y no habiendo hallado en ella al padre Píccolo, que afortunadamente habia salido, descargaron su furia contra la casa, la capillita y los muebles de ambas, destruyéndolo todo, haciendo pedazos el Crucifijo y disparando flechas al rostro de una imágen pintada de la Vírgen de los Dolores, la cual decian que era la amiga del misionero. Habiendo este sabido por un indio fiel lo que habia acaecido en la mision, se fué para Loreto, de donde salió un oficial con algunos soldados á castigar aquel atentado; pero los culpables habian ya huido por los montes mas escabrosos. De esta manera quedaron impunes, y de allí á poco, solicitados por los misioneros, vinieron humillados á Loreto á pedir perdon, dando á conocer su inconstancia, tan comun entre los hombres caprichosos, y la mision no tardó mucho en restablecerse ventajosamente, como veremos después.

§ XVIII.

EL PADRE UGARTE ACEPTA LA MISION DE SAN JAVIER.—EXTRAORDINARIO CELO DE ESTE MISIONERO.

Como los indios de San Javier después de su arrepentimiento parecian tranquilos y bien dispuestos á sujetarse á la enseñanza del misionero, y como por otra parte no convenia abandonar aquel terreno, que parecia el mas propio para la agricultura, porque en Loreto apenas se habia podido hacer útil un pequeño sitio para plantar frutales y hortaliza; el padre Salvatierra encargó al padre Ugarte la mision ante el altar de la Vírgen, porque el padre Píccolo tenia que marchar para la Nueva España á evacuar algunos negocios de la California. El padre Ugarte aceptó de buena gana el encargo, y se fué luego á desempeñarle acompañado de algunos soldados; pero en muchos dias no compareció ningun indio, ó por temor ó por odio á los soldados. Estos le aumentaron el disgusto con su inquietud, porque ni tenian indios que les sirviesen, ni él les permitia que fuesen á buscarlos, temiendo, con razon, que con sus hostilidades les inspirasen mas desconfianza. Al fin resolvió retirar á los soldados, poniéndose en manos de la Providencia. Un dia pasó en aquella soledad con el espíritu agitado alternativamente por la piadosa esperanza de martirio y por el temor natural de la muerte. Por la tarde se acercó á la cabaña un muchacho en ademan de espiar, y habiéndole visto el padre Ugarte, le acarició, le regaló y le mandó que dijese á los suyos que podian venir sin temor, porque ya no habia soldados. Asegurados de esta suerte los salvajes, comenzaron á venir poco á poco, y se volvió á establecer el ejercicio de la doctrina. Mas este grande hombre, animado de un verdadero celo, no contento con enseñarles los misterios de la religion cristiana y procurando arrancar de sus corazones el apego que tenian á sus doctores y á sus antiguas supersticiones, se tomó el arduo empeño de civilizarlos, enseñándoles aquellas artes y acostumbrándolos á aquellos trabajos que requiere la vida social. Lo que tuvo que sufrir de unos hombres acostumbrados á una perpetua ociosidad y á una libertad desenfrenada, podrá en algun modo imaginarse, pero no puede expresarse suficientemente.

Todas las mañanas después de la misa, que él celebraba y oian los indios, seguia el ejercicio de la doctrina, y concluido este les distribuia el pozole á los que habian de trabajar, y los llevaba ó á la fábrica de la iglesia y de las casitas que estaba edificando para sí y para los neófitos, ó al campo á quitar los matorrales y las piedras y preparar el terreno para la siembra, ó hacer represas y zanjas para regar la tierra. En las fábricas hacia no solo de arquitecto, sino de albañil, de carpintero y de todo; porque ni las exhortaciones, ni los halagos, ni los dones de que se valia hubieran sido bastantes para sacudir la desidia habitual de aquellos hombres embrutecidos, si él no los hubiera alentado con su ejemplo, siendo el primero en el trabajo y el que mas trabajaba. Efectivamente, él era el primero en llevar y labrar las piedras y la madera, en pisar el lodo, en cavar la tierra y en ordenar los materiales. El mismo llevaba á pacer el pequeño rebaño que tenia la mision. El se ocupaba igualmente en todos los oficios; ya se le veia con la hacha en la mano quitando los matorrales, ya con el pico rompiendo las piedras, ya con la coa labrando la tierra, lo que solia hacer descalzo de pié y pierna. Yo no puedo recordar esto sin enternecerme y reconocer el poder de la divina gracia al ver reducido á una vida pesada y trabajosa á un caballero criado entre las delicias de una casa opulenta, sepultado en una oscura y remota soledad á un letrado sumamente aplaudido en las escuelas y púlpitos de Méjico, y á un

hombre de ingenio sublime voluntariamente condenado á conversar treinta años con estúpidos salvajes.

Después de comer llevaba á los indios á rezar el rosario, en seguida les explicaba la doctrina cristiana, y concluido esto les daba de cenar. Como aquellos bárbaros no eran capaces de prever el fruto de tales trabajos, que por entonces los privaban de su ociosidad y libertad, hallaban mil modos de cansar la paciencia de su caritativo misionero, ó ausentándose, ó no viniendo á tiempo, ó resistiéndose con altanería á trabajar, ó burlándose de él, ó finalmente, amenazándole hasta con la muerte. No habia mas recurso que sufrirles sus impertinencias, acostumbrándolos con discrecion á la vida laboriosa, condescendiendo á menudo con su debilidad, y mezclando á veces la suavidad con la entereza para hacerse respetar.

En los principios estaban muy inquietos á la hora de la doctrina, conversando entre sí, burlándose de lo que oian y echando frecuentes y grandes carcajadas. El advirtió que el principal motivo de aquellas burlas eran sus desbarros en la lengua, y que los mismos indios, cuando les consultaba acerca de las voces ó de la pronunciacion, le contestaban de intento despropósitos, para tener después de qué reir en la hora de la doctrina, y por eso de allí en adelante ya no preguntaba sino á los niños, como mas sinceros. Toleraba pacientemente estos insultos, y á veces los reprendia con alguna severidad; pero viendo que todo esto de nada servia, tomó un partido extraño, pero oportuno y acomodado á la condicion y circunstancias de aquellos bárbaros. Desde que comenzó á tratarlos conoció bien su carácter, y advirtió que no apreciando la virtud, el ingenio ni ninguna prenda espiritual, sino solamente la valentía y las fuerzas, no respetaban sino á los hombres valientes y forzudos. Quiso por tanto darles una muestra de la grande fuerza con que le habia dotado la naturaleza, para que respetasen su persona y su doctrina. Entre los indios que concurrian al catequismo habia uno que ponderaba mucho su pujanza, y puntualmente por este motivo era el menos moderado en sus burlas y risadas. Un dia, pues, que este bárbaro se reia descompasadamente, le asió repentinamente el padre por los cabellos, y levantándole en el aire le tuvo por algun tiempo suspendido, agitándole tres ó cuatro veces. Esto atemorizó á los otros en tal grado, que todos huyeron al momento; pero después volvieron poco á poco, y en lo sucesivo permanecieron siempre quietos y atentos durante la doctrina. En otra ocasion le dijeron al padre que habia entre ellos algunos valientes luchadores que querian probar sus fuerzas con él: *Bien*, contestó, *¿quién es el mas valiente de todos?* Luego que se le señalaron le tomó de un brazo, y con los dedos le oprimió tan fuertemente el lagartillo, que le hizo dar un terrible grito de dolor. *Vaya*, añadió entonces, *no es capaz de luchar conmigo quien no puede sufrir un dolor tan ligero.*

Pero ninguna cosa contribuyó tanto á dar á la pujanza del padre Ugarte crédito entre los bárbaros, como lo que hizo con un leon. Se habia multiplicado en la península esta especie de fieras y hacian muchos perjuicios tanto al ganado como á los hombres. El padre Ugarte exhortaba con frecuencia á los indios á que los matasen; pero estas exhortaciones eran infructuosas, porque engañados, como se ha dicho, por sus doctores, estaban invenciblemente persuadidos de que moria el que mataba un leon, y así para desengañarlos no habia mas arbitrio que la experiencia. Un dia, pues, caminando el padre Ugarte por el bosque, divisó á lo lejos un leon que se dirigia á él, y echando pié á tierra y tomando en la mano algunas piedras, le salió al encuentro, y cuando le tuvo á tiro le acertó en la cabeza una pedrada que le derribó. Mas no trabajó tanto en matarle como en llevarle á la mision, distante dos leguas, porque no podia conseguir que la mula que montaba consintiese semejante carga. Para vencer esta dificultad colocó el leon en un árbol que habia en el camino, y montando en la mula la obligó con las espuelas á pasar junto al árbol, y al pasar cogió al leon y le echó en la grupa. La mula corcoveando furiosamente, y después corriendo precipitada, le llevó en pocos minutos á la mision. No pudiendo los indios dudar de aquel hecho porque la sangre del animal aun estaba caliente, y viendo que pasado algun tiempo ni murió el padre ni le sobrevino mal alguno, comenzaron á desengañarse y se dedicaron en lo sucesivo á matar aquellas fieras tan perniciosas.

Estos y otros hechos notables, cuya memoria se conservaba aun en nuestro tiempo entre los habitantes de la California y entre los jesuítas de la Nueva España, y cuya relacion se publicó en la vida de este grande hombre impresa en Méjico, hicieron bastante célebre el nombre del padre Ugarte; pero se adquirió una gloria mucho mayor entre los verdaderos apreciadores del mérito con sus virtudes, con sus tareas apostólicas y con los relevantes servicios que hizo á la Iglesia de la California, primero de procurador colectando limosnas y promoviendo con celo é industria los asuntos de aquella colonia, y después de misionero plantando misiones, construyendo edificios, desmontando bosques, abriendo caminos, introduciendo en aquel país inculto la agricultura y otras artes útiles á la vida, doctrinando aquellos salvajes, civilizándolos y convirtiéndolos en buenos ciudadanos y excelentes cristianos. Y ¿quién podrá decir lo que tuvo que sufrir de su grosería? Citaremos un solo hecho. Después de haberse empeñado mucho en instruirlos, predicó un dia acerca de la espantosa actividad del fuego del infierno y la atrocidad y eternidad de sus tormen-

tos, y cuando creia haber sacado mucho fruto de su sermon, oyó que los indios se decian unos á otros que el infierno era sin disputa un país mejor que la California, porque habiendo allá un fuego perpetuo, nunca se padeceria frio. Semejante modo de pensar, que habria bastado para desalentar el celo mas ardiente, no pudo entibiar el del padre Ugarte, porque siguió constantemente en sus trabajos, de los que al fin cogió un fruto abundantísimo, formándose en la mision de San Javier un cristianismo puro é inmaculado. Aquellos neófitos cazadores se convirtieron en agricultores y artesanos muy bien instruidos en la religion, morigerados y laboriosos; aquellas llanuras absolutamente incultas y aquellas colinas llenas de matorrales y piedras, se trasformaron en campos bien cultivados, en donde sembró trigo, maíz y varias especies de hortalizas y legumbres y en donde plantó una viña, la primera que hubo en la península, y varias clases de árboles frutales conducidos de Méjico. El excelente vino que se cosechaba servia para todas las misas que se celebraban en las misiones, y el sobrante se mandaba á la Nueva España regalado á los bienhechores. Las cosechas de trigo y de maíz, aunque no bastaban para el consumo de todo el año, servian para la mayor necesidad, economizándose los gastos que era preciso hacer en traer de la Nueva España aquellas provisiones. El año de 1707 por la falta de lluvias hubo mucha escasez de granos en Méjico, y principalmente en las fértiles provincias de Sonora y Sinaloa. En la California, donde las lluvias son comunmemte muy escasas, faltaron tambien aquel año; pero la industria del padre Ugarte suplió esta falta, de tal modo que en una carta que en 9 de junio escribió al fiscal de Guadalajara, le dice: "Gracias al Señor que ya " llevamos aquí dos meses de estar comiendo buen " pan del trigo de nuestra cosecha juntamente con " todos los soldados y marineros, al mismo tiempo " que se mueren de hambre los pobres de Sonora " y Sinaloa. ¿Quién lo creyera?"

No contento aquel hombre incomparable con haber sostenido con la agricultura aquella colonia, proveyéndola en gran parte de los víveres necesarios, pensó tambien en vestir á sus desnudos neófitos, sin que fuese preciso que los lienzos viniesen de Méjico á grande costa. Luego que las ovejas se multiplicaron suficientemente, enseñó á los indios el tiempo y el modo de trasquilarlas, de cardar la lana, de hilarla y de tejerla, y él mismo les hizo las ruecas, los tornos y los telares. Y para mejorar aquellas labores llevó de la Nueva Galicia, contratado en quinientos pesos anuales, al tejedor Antonio Moran, el cual estuvo mucho tiempo en la California instruyendo á los indios y perfeccionando sus manufacturas.

§ XIX.

PENURIA DE LOS COLONOS. SUBLEVACION Y PACIFICACION DE LOS INDIOS.

Estas ventajas, que no alcanzó el padre Ugarte sino después de muchos años de trabajos, habrian sido muy apreciables en los años primeros, cuando la colonia estaba mas necesitada; mas al concluir el año de 1701 estaban tambien para concluir las provisiones que habia en Loreto. Fué por tanto necesario que el padre Píccolo apresurase su viaje á la Nueva España, así para solicitar víveres como para manifestar de palabra al gobierno de Méjico y al de Guadalajara lo que infructuosamente se les habia representado por escrito. Se embarcó pues el 26 de diciembre, dejando á los padres Salvatierra y Ugarte en grande necesidad, hasta el 29 de enero de 1702 en que arribó al puerto el bastimento San Javier, cargado de trigo, maíz y otras provisiones; pero estas duraron poco, porque como dice el capitan don Estévan Rodriguez en sus diarios, "era tan grande la caridad del padre Salvatierra en socorrer á los indios, que a pocos dias quedamos reducidos á mayor necesidad." Esta llegó á tal extremo en la primavera, que llegando á faltar del todo los víveres, se vieron precisados tanto los misioneros como los soldados a buscar su sustento al modo de los californios, en la pesca, en las raíces y en las frutas silvestres, siendo el padre Ugarte el primero en la industria y trabajo de buscar alimento para todos. Mueven ciertamente á compasion las cartas que en aquel tiempo escribieron los misioneros refiriendo sus trabajos.

La necesidad se agravó por una sublevacion de los indios ocasionada por la temeridad de un soldado. Este estaba casado con una california convertida al cristianismo, la cual en junio se ausentó sin permiso de su marido y sugerida por su madre para asistir al baile y otras diversiones que entonces hacian los salvajes por la cosecha de las pitahayas. El soldado, disgustado por la fuga de su mujer, pidió licencia para ir á buscarla y traerla á Loreto; y habiéndosele concedido para cierto término, volvió sin haberla hallado; pero á pocos dias, impulsado de su pasion, marchó de nuevo sin permiso del capitan y acompañado de un californio, y habiendo encontrado en el camino un indio anciano que procuraba disuadirle de aquel viaje manifestándole que le era muy peligroso, riñó con él y le mató de un balazo. Excitados con el trueno del arcabuz todos los bárbaros que se hallaban en las cercanías, acudieron prontamente, é indignados contra aquel temerario soldado, le mataron, é hirieron al californio que le acompañaba. Este huyó precipitadamente á Loreto y dió aviso á los españoles. El capitan, después de haber hecho saber á los misioneros, que entonces se hallaban en Londó, lo que habia acaecido, para que viniéndose con tiempo á Loreto pusiesen en seguro sus personas, salió con su pequeña tropa contra los conjurados, los cuales, sabiendo el estado miserable de la colonia, trataron de sublevar contra ella casi toda la tribu. Los españoles, no menos fatigados con la hambre que con la aspereza del camino, tuvieron mas bien que batalla, algunas escaramuzas, sin mas fruto que matar tres ó cuatro conjurados. El padre Ugarte habia sembrado maíz en Viggé y esperaba levantar su primera cosecha, cuando los conjurados talaron el campo y mataron algunas de las cabras con cuya leche se alimentaba aquel misionero, y habrian tambien arruinado la capilla y la casita de la mision de San Javier si no hubieran sido defendidas por los soldados y por los indios fieles. Estas turbulencias duraron hasta la llegada del bastimento venido de Sinaloa con víveres y alguna gente. Todo se tranquilizó entonces poco á poco, haciendo los conjurados las paces con los españoles por medio de los indios fieles.

§ XX.

ÓRDENES DEL REY. PROMESAS DE FUNDAR MISIONES. DOS NUEVOS MISIONEROS. VIAJES DE LOS PADRES SALVATIERRA Y UGARTE.

Entre tanto el padre Píccolo, habiendo, como se dijo, salido de Loreto el 26 de diciembre de 1701, después de haber aprestado en Sinaloa víveres para la colonia, marchó á Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, en donde tuvo noticia de tres órdenes del rey expedidas en favor de la California. En fin de 1698 el virey de Méjico habia hecho saber á la corte la empresa de los jesuítas en aquella península. Esta noticia fué allá bien recibida, y se esperaba de ella un buen resultado mediante la condesa de Galvez, vireina de Méjico y señora muy piadosa que se habia empeñado en secundar el celo del padre Salvatierra; pero la muerte de esta, acaecida el mismo año, y la grave enfermedad que al fin privó de la vida al rey Cárlos II en 1º de noviembre de 1700, no permitieron coger entonces el fruto que se esperaba. Habiendo ocupado el trono de España el piadoso jóven Felipe V, no obstante el cuidado de la guerra que sostenia por la sucesion á la corona, expidió en el primer año de su reinado órdones relativas á la California, dirigidas al virey de Méjico, á la audiencia y al obispo de Guadalajara, encargándoles que no descuidasen de aquella empresa, sino que la fomentasen y favoreciesen cuanto pudiesen, y dando las gracias á los misioneros jesuítas por sus tareas apostólicas. Mandó tambien que del real erario se les diesen anualmente seis mil pesos para los gastos de la colonia, y que se remitiese á la corte una relacion exacta de la calidad de la California, estado actual de la colonia y medios de aumentarla y facilitar su comunicacion con la Nueva España. Al padre Píccolo se le encargó que extendiese la relacion autorizada con tres testigos oculares, la cual se imprimió poco después en Méjico. El mismo padre consiguió, aunque con mucho trabajo, que se le diesen los seis mil pesos que el rey mandaba; pero no pudo conseguir otras cosas que pretendia favorables á la colonia.

Dios movió entonces los corazones de algunos caballeros de Méjico en favor de la península. El marqués de Villapuente, menos célebre por sus inmensas riquezas que por su religiosa profusion en muchas obras piadosas que costeó en América, en Europa y aun en Asia, prometió fundar tres misiones en la California, y de la fundacion de otra se encargó don Nicolás Arteaga, juntamente con su mujer doña Josefa Vallejo.

Con estas nuevas marchó el padre Píccolo para la California llevando consigo dos nuevos misioneros, el padre Juan Manuel Basalduá, de Michoacan, y el padre Gerónimo Minutuli, de Cerdeña. Se embarcó en el puerto de Matanchel en un bastimento llamado la Vírgen del Rosario, comprado entonces en Acapulco para el servicio de la colonia y cargado de provisiones y otras cosas necesarias para el presidio y las misiones. En la travesía del golfo fueron arrebatados por una borrasca tan feroz, que parecia inevitable el naufragio, aun después de haber arrojado al mar gran parte del cargamento; pero habiendo ocurrido con viva fe en lo mayor del peligro á la santísima Vírgen, protectora de la California, cesó repentinamente el viento y calmó la borrasca, y consiguieron llegar con felicidad al puerto de Loreto, á donde entraron con indecible júbilo de aquella atormentada colonia el 28 de octubre de 1702.

En diciembre se embarcó el padre Ugarte para Sonora, de donde condujo algunas vacas, obejas, cabras, caballos y mulas y una buena cantidad de víveres. Entre tanto el padre Salvatierra se habia internado en la península con el fin de observar mejor su terreno y habitantes; pero poco pudo hacer por tener que caminar á pié y por caminos tan malos. Posteriormente con el auxilio de los caballos, salió en marzo de 1703 á reconocer la costa occidental acompañado del capitan y algunos soldados y neófitos; mas no pudo hallar ningun puerto ni terreno labrantío, pues aunque habia algunos terrenos buenos, les faltaba del todo el agua. En mayo hizo otro viaje hácia el Noroeste, pero igualmente infructuoso.

§ XXI.

FIESTA DE CORPUS. CONJURACION Y CASTIGO DE LOS CONJURADOS. CARIDAD DE LOS MISIONEROS PARA CON UNOS CONTRABANDISTAS. ESCASEZ DE VÍVERES.

En el mes siguiente queriendo el padre Salvatierra dar á los neófitos y catecúmenos en la fies-

ta del Corpus una alta idea del sacrosanto misterio de la Eucaristía, reunió en Loreto á los misioneros y celebró allí la fiesta y procesion con toda la majestad y pompa posibles, avivando la fe y devocion de los españoles y excitando la admiracion y respeto de los indios; lo cual le dió ocasion de explicarles los motivos de aquella augusta ceremonia y de aquella santa alegría. Pero esta fué bien pronto seguida de un gran disgusto por la infausta noticia que dieron algunos indios de San Javier de que los autores de la pasada conjuracion unidos con otros bárbaros habian asaltado de noche á los neófitos y catecúmenos de aquella mision, y los habian matado á todos á excepcion de los pocos que ocurrieron á implorar la proteccion de los españoles. Todos los del presidio fueron de opinion que era preciso hacer un ejemplar en aquellos bárbaros, para enfrenar su audacia é impedir sus frecuentes hostilidades. El capitan, acompañado de sus soldados y de algunos indios fieles, salió del presidio á media noche y con mucho silencio para ir en pos de los conjurados, de los cuales á pesar de que al ser alcanzados huyeron precipitadamente, murieron algunos, y entre ellos uno de los principales. El capitan, considerando que el seguirlos por aquellas escarpadas montañas seria tan arriesgado como infructuoso, se volvió á Loreto resuelto á no dejar impune semejante atentado. Con este fin amenazó á los catecúmenos que habian escapado en el asalto, y los obligó á perseguir al cabecilla de tal modo, que habiéndole por fin cogido le condujeron á Loreto. Presentado al capitan se le formó proceso; y constando no solo por las deposiciones de varios testigos, sino por su propia confesion, que era el principal autor de aquella y de otras conjuraciones, fué condenado al último suplicio. Los padres Salvatierra y Píccolo se interpusieron suplicando al capitan que conmutase la pena de muerte en la de destierro; pero él, firme en su resolucion, solo concedió, á instancias de los misioneros, que la ejecucion se difiriese hasta que el reo fuese catequizado y bautizado. Como este era mas vivo que los otros y ya tenia alguna instruccion en los misterios de nuestra religion, fué prontamente catequizado y aceptó voluntariamente el bautismo, con el cual se convirtió en un hombre nuevo de tal manera, que deseaba la muerte para pagar su delito, y así murió bien dispuesto y auxiliado por el padre Basalduá. Pronto se echó de ver cuán sabia habia sido la resolucion del capitan, porque los indios quedaron tan humillados y espantados, que por largo tiempo se gozó de una perfecta tranquilidad en una y otra mision.

De allí á poco la desgracia de unos contrabandistas obligó á aquellos pobres misioneros á sacrificar á la caridad casi todas las provisiones que el padre Píccolo habia llevado de Sonora. El virey de Méjico para evitar las perniciosas vejaciones y las graves y frecuentes extorsiones que los pescadores de perla solian hacer á los californios, habia prohibido severamente que se hiciese aquella pesca sin haber obtenido antes licencia suya y manifestádola al capitan gobernador de la California. A pesar de esto, algunos habitantes de la costa de la Nueva España estimulados por la esperanza de lucrar y prometiéndose la impunidad por la distancia del gobierno, habiendo aprestado tres barcos grandes, se dirigieron á las islas del golfo para hacer allí la pesca de la perla; pero una terrible borrasca hizo perecer uno de los barcos y llevó los otros dos á la arena de la playa de Loreto, donde apenas pudo salvarse la tripulacion. Poco después llegaron en una canoa catorce hombres de los que habian naufragado en el primer barco. Toda esta gente en número de mas de ochenta personas fué gratuitamente mantenida por los misioneros en los cuatro meses que se demoraron allí reponiendo los barcos, hasta que á fines del año de 1703 regresaron á su país llevándose al padre Minutuli, porque no le sentaba el temperamento de la California.

El año de 1704 fué tan desgraciado para la colonia, que faltó poco para que se hubiera arruinado. Siendo los víveres muy escasos, se necesitaba conducirlos de Sonora ó de Sinaloa, y muchas veces no se podian hacer estos viajes á causa de los vientos contrarios ó de la indisposicion de los bastimentos. Otras veces se echaban á perder los víveres en la navegacion porque los buques hacian agua con cualquiera borrasca, ó en el almacen de Loreto por el excesivo calor.

§ XXII.

EL PADRE BASALDUÁ VA Á MÉJICO Á NEGOCIOS DE LA COLONIA. ÓRDENES DEL REY SIN EFECTO.

A principios de este año fué enviado á Méjico el padre Basalduá á tratar con el virey los negocios de la colonia, en los cuales esperaba buen éxito atendiendo á lo razonable de sus pretensiones, y principalmente cuando supo que en abril habian llegado nuevas órdenes del rey relativas á la California; pero pronto se desengañó. Dos procuradores jesuítas de Méjico habian ido el año anterior á España y presentado al rey un memorial en que exponian el estado actual de aquellas misiones, el fruto que de ellas podian sacar la política y la religion si los misioneros eran favorecidos por su majestad, y los daños que debian temerse si se abandonaba aquella empresa. Este memorial fué leido en el supremo consejo de Indias á presencia del rey, el cual después de haber oido los pareceres del consejo y del fiscal, expidió en 28 de setiembre del mismo año cinco cédulas. En la primera mandaba al virey de Méjico que suministrase anualmente del real erario á los misioneros de la California la misma limosna que se daba á los de Sinaloa, Sonora y Nueva Vizcaya, así como tambien los gastos de campanas, aceite, vasos y paramentos sagrados que se acostumbraba dar á las misiones nuevas; que estableciese de acuerdo con los jesuítas y otras personas prácticas en la península, un presidio de treinta soldados con su capitan en la costa del mar Pacífico, en el punto mas setentrional que fuese posible, tanto para la seguridad de aquel país como para que sirviese de escala á los navíos de Filipinas; que se comprase un buque proporcionado para el trasporte de todo lo necesario; que procurase mandar á aquella península algunas familias pobres para el aumento de la poblacion, y que anualmente diese á los misioneros, á mas de los seis mil pesos asignados en fin de 1701, otros siete mil, y esto sin ninguna dilacion. Las otras cuatro cédulas fueron dirigidas al fiscal de Guadalajara, al provincial de los jesuítas alabando su celo por el adelantamiento de las misiones de la California; á don Juan Caballero y á la cofradía de la Vírgen de los Dolores de Méjico recomendando su liberalidad en la fundacion de las tres misiones de que hemos hablado.

A pesar de ser las órdenes tan estrechas y de que el fiscal fué de parecer que debian ejecutarse puntualmente, el virey no convino en que se ejecutasen sino hasta que el asunto se ventilase en el real acuerdo con presencia de los padres Salvatierrra y Píccolo, los cuales no podian asistir por hallarse á cuatrocientas leguas de distancia. Y no solo se opuso á la ejecucion de estas nuevas órdenes, sino que tampoco concedió al padre Basalduá los seis mil pesos que el rey habia mandado que se diesen desde fin de 1701. El motivo de no ejecutarse estas y otras posteriores órdenes del rey favorables á la California, era, á mas del insinuado, la grande y dispendiosa guerra de sucesion que entonces sostenia el rey Felipe contra la casa de Austria y otras potencias aliadas, para la cual apenas eran suficientes todos los tesoros de la América. Pero esto puntualmente fué lo que obligó á aquel piadoso monarca á explicar mas su celo y á extender su vigilancia en medio de tantas turbulencias y peligros á la remota y oscura California.

§ XXIII.

EL PADRE PEDRO DE UGARTE MISIONERO. JUNTA. DISCURSO DEL PADRE SALVATIERRA. RESOLUCION.

El padre Basalduá no esperando ningun fruto de su permanencia en Méjico después de haber hecho carenar el bastimento llamado *el Rosario*, se volvió en él á Loreto llevando consigo para aquellas misiones al padre Pedro de Ugarte, muy semejante en el espíritu á su grande hermano el padre Juan. En aquel tiempo se hallaba la colonia en mucha necesidad, la cual, en razon de que los vientos contrarios no permitieron que se ocurriese por provisiones, como era de costumbre, á Sonora y Sinaloa, creció al fin de la primavera de tal modo, que el padre Salvatierra creyó necesario celebrar una junta compuesta de los misioneros y oficiales del presidio, para deliberar si convendria abandonar la California no pudiendo ya subsistir en ella. El estaba resuelto á permanecer allí aunque se quedase solo y con riesgo de su vida, como lo habia protestado en su carta de 8 de febrero al fiscal de Guadalajara; pero no debiendo obligar á los otros á un sacrificio tan heróico, quiso que cada uno tomase libremente el partido que mas le agradase. Habiéndolos, pues, reunido, les habló de esta manera: "No es necesario exponeros el estado lamentable en que nos hallamos, porque lo veis y estais atormentados del hambre lo mismo que nosotros. Es igualmente sabida de todos nuestra constante solicitud en procurar víveres y todo lo necesario á la colonia, y así ninguno podrá culparnos de la miseria presente. Posteriormente ocurrimos al gobierno de Méjico, y en atencion á las estrechas órdenes de nuestro piadoso monarca, no dudábamos hallar pronto remedio á nuestros males; pero nuestras esperanzas han salido fallidas. La necesidad urge demasiado y no sabemos qué hacer. Si permacemos aquí sin auxilio quedamos expuestos á morir; si abandonamos el país para buscar en otra parte el remedio, perdemos en un momento el fruto de nuestros afanes. Decid, pues, libremente vuestro parecer." El padre Píccolo se mostró absolutamente indiferente, para que los otros pudiesen manifestar su opinion con entera libertad; pero el padre Juan de Ugarte se opuso abiertamente al partido de abandonar la California, comprometiéndose á buscar por los montes frutas y raíces con que sustentar la gente del presidio hasta que se trajesen víveres de Sinaloa y á permanecer solo entre los bárbaros en el caso de que se ausentasen todos los españoles. En cuanto á los soldados y marineros, fué de parecer que se les hiciese entender que á todos los que quisieran irse, se les concederia licencia y se les aseguraria la paga de lo que acaso se les debiera. Todos los misioneros aprobaron y aplaudieron esta resolucion. El capitan y los oficiales, no contentos con aprobarla, protestaron que si los misioneros intentaban dejar la California, ellos serian los primeros en oponerse. Ni entre los soldados y marineros hubo uno que quisiese usar de la libertad que se les concedió; así todos determinaron unánimemente acompañar á los misioneros en su suerte y sufrir todos los infortunios sin quejarse, como de facto lo hicieron.